

Murió por nuestros Pecados

Homilía para el Domingo de Ramos 2020

Rvdmo. Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

¡La paz sea con ustedes! ¿Por qué Jesús tuvo que morir? Esa es la pregunta inicial que el joven Boso le hace a su maestro San Anselmo. Sólo que cuando el joven Boso le hace esta pregunta a San Anselmo, no le pregunta simplemente por qué Jesús tuvo que morir. No. La pregunta final del joven Boso es mucho más profunda. Boso se siente profundamente perturbado por los detalles de la muerte tan gráficamente descrita en nuestros Evangelios. ¿Por qué Jesús tuvo que morir una muerte tan tortuosa? ¿Por qué Jesús tuvo que morir como un común criminal clavado en una cruz? ¿Por qué tuvo que morir golpeado hasta quedar como una masa ensangrentada para que cuando estuviera clavado en la cruz el olor de la sangre atrajera a los buitres para picotearlo?

¿No tenemos una pregunta paralela similar a la del joven Boso? ¿No nos sentimos como si estamos siendo crucificados con la influencia del CORVID 19 sin culpa nuestra? ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué la pérdida de mis ingresos? ¿Por qué la pérdida de mi movilidad? ¿Por qué el aislamiento?

La respuesta de San Anselmo a Boso es muy reveladora: Él le dice: “Tú no has considerado la gravedad del pecado.” A lo que San Anselmo está llegando aquí es que en la muerte sangrienta de Jesucristo en la cruz tenemos un sacrificio que no sólo cumple, sino que supera cualquier pecado del mundo. Jesús – inocente y sin pecado – desciende a los confines más abandonados de nuestro mundo.

En pocas palabras, es por tiempos como estos – ahora mismo con la crisis del CORVID19 – que Jesús muere y resucita. Lo que San Anselmo enfatiza en esta lección al joven Boso es que no hay ninguna esquina de la creación que escape al poder de Jesús y su muerte en la cruz. No hay sufrimiento, ni tristeza, ni lucha, ni conflicto y tampoco enfermedad donde Dios no haya escarnecido a través de la muerte de su hijo en la cruz. Jesús incluso desciende al infierno. Es una verdad que repetimos cada domingo en el Credo.

Me sentí sorprendido por el descenso de nuestro Dios hecho carne – Jesucristo – en las profundidades del pecado y la perversión después de mi visita a Pajacuarán México hace unos cuantos años. Era la primera Misa de nuestro propio Padre Lalo Barragán. Yo lo acababa de ordenar como sacerdote. Durante la recepción después de su primera Misa, experimenté la “Danza de los Judas.” Recuerden que esto lo veremos diariamente en los Evangelios de las Misas del lunes, martes y miércoles de la Semana Santa, el Evangelio se centra en Judas y su traición a Jesús.

Para conmemorar estas escrituras de la Semana Santa, los danzantes folclóricos de Pajacuarán se visten como pequeños “Judas.” Ellos bailan todos los años durante la Semana Santa para conmemorar el descenso de Jesús al infierno. Como ellos son buenos bailarines, ellos repiten esta actuación en cada celebración importante durante todo el año – incluyendo la recepción después

de la primera Misa del Padre Lalo Barragán. Ellos estaban frente a mí enfrente de la plaza de la iglesia. Todos bailaban frente a mí manteniendo el ritmo con sus bolsitas de plata. Incluso uno de ellos abrió su bolsa e insistía en que yo pusiera dinero en su bolsa. ¡No me dejó en paz hasta que lo hice! ¡Yo pensé para mí mismo, “Yo soy el obispo! ¡Yo soy el que debería pasar la canasta de la colecta!” También pensé “¿Qué clase de ritual pagano es este?”

Pero luego me di cuenta de que esta danza celebra el poder salvífico de Dios. Jesús incluso desciende al infierno. Por lo tanto, incluso Judas puede bailar.

Ahora tampoco estoy diciendo que no hay nadie en el infierno. ¡Mi lado oscuro tiene una lista de nominados para el infierno! ¡A lo mejor ustedes también la tengan! Pero – y esto es clave – la salvación está siempre disponible todo el tiempo y en todo lugar si nuestros corazones están abiertos. Tal como el Catecismo de la Iglesia Católica nota (634-5) “El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación...Cristo, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte para que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan. Jesús, el Príncipe de la vida aniquiló mediante la muerte, al señor de la muerte, es decir, al diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte estaban de por vida sometidos a la esclavitud.”

¿Por qué la cruz? ¿Por qué este particular instrumento de tortura? San Agustín indica que Dios en su omnipotencia pudo haber eliminado todo el sufrimiento humano, todo el pecado humano y toda clase de maldad. Pero Agustín expresa que Dios hace algo mejor. Él saca el bien del mal. Hace santos de los pecadores. Crea mártires de los perseguidos. Dios saca vida de la muerte. Lo hace en la resurrección de Jesucristo.

Esa es nuestra esperanza también. El sufrimiento permanece como un misterio. Finalmente, no hay respuesta a la pregunta: “¿Por qué?” Pero frente al sufrimiento podemos meditar en las muchas maneras que lo “bueno” ha salido de su proximidad al azote de la pandemia de COVID19: las tarjetas de agradecimiento de los niños de la escuela para el personal médico de nuestros hospitales, las palabras y actos de gratitud de nuestros primeros respondedores, el heroísmo de nuestros médicos y enfermeras que ayudan a las personas con enfermedades graves, las largas horas de nuestro personal del departamento de salud contactando a los que han estado expuestos al COVID19. ¡La lista podría seguir!

Como obispo estoy personalmente agradecido a tantas personas que respondieron a nuestro lanzamiento esta semana de nuestra campaña de donaciones en línea “La Luz de Esperanza.” Estoy agradecido de ver cómo la crisis del COVID19 evoca donaciones generosas de nuestras muchas familias trabajadoras necesitadas pero que carecen de seguro de desempleo u otros recursos financieros en este momento. Hay muchas maneras en que podemos ver hoy la visión de San Agustín de que el bien puede crecer precisamente por su proximidad al mal.

Mi esperanza y oración esta semana es que ustedes puedan meditar sobre el bien que ha crecido como un resultado directo de la pandemia del COVID19. Y también espero que, habiendo meditado en el bien al contemplar al Cristo crucificado en esta Semana Santa, su oración pueda ser las palabras del centurión romano que escuchamos en el Evangelio de hoy: “¡Verdaderamente, este era Hijo de Dios!”